

cido que él y cuarenta de los suyos os asesinarían esta noche en vuestros domicilios.

Hébert lo ha apoyado.

«La muerte sin estrépito, dada en las tinieblas, dijo, vengaría de los traidores á la patria, y mostraria la mano del pueblo suspendida á todas horas sobre la cabeza de los conspiradores.»

Esto es lo que se ha decidido; el asesinato en la Convencion á la luz del dia, ó de noche en vuestras casas, como en la noche de San Bartolomé. ¿Adivinas ahora lo que me he propuesto hacer por vosotros? Al proponer la libertad de los presos por deudas he querido haceros comprender que estaba la muerte suspendida sobre vuestras cabezas; he querido daros un postrer aviso.

Has interpretado mal mis palabras; mejor: me obligas á explicarme con claridad. No deseo vuestra muerte. No os amo, pero admiro vuestro talento, vuestro patriotismo, por más que sea mal entendido; vuestra honradez, aunque es antipolítica. Vuelve á la sala y siéntate con tus amigos: diles como cosa tuya, ó mia (pero de mí desconfiarán); diles que se deben armar esta noche ó no dormir en sus casas. ¡Mañana, mañana será de día! Mañana estará organizado el tribunal revolucionario, y si efectivamente sois traidores, tendreis que responder de esa traicion al tribunal.

Merey tendió la mano á Danton.

—No te incomodes conmigo, porque las apariencias me han engañado.

—¿Incomodarme? replicó Danton encogiéndose de hombros; ¿por qué? El odio se reserva para Robespierre ó Marat, y no se necesita odiar para ser Danton.

Jacobo Merey se dirigió á la puerta, pero Jorge se lanzó hácia él.

—¡Ah! exclamó abrazándole y estrechándole contra su corazón: olvidaba lo que has hecho por mí, amigo mio. No sé lo que sucederá; pero siempre tendrás un lugar en mi corazón. Si te ves obligado á huir, ven á mi casa y respondo de tu vida, aunque fuera preciso encerrarte en la bóveda en donde *ella* reposa.

Y agobiado por el recuerdo de su mujer, como un niño al que ahogan las lágrimas, rompió en sollozos en los brazos de su amigo.

XXX.

El tribunal revolucionario.

Danton estaba bien instruido. A la misma hora en que él descubria á su amigo Jacobo la conspiracion, esta se ponía en ejecucion.

Aquellos hombres cuya mision era la de encontrarse á la cabeza de todos los hechos sanguinarios, aquella oleada revolucionaria que desbordaba sin cesar, y á quien era insoportable todo lo que tendiera á fijar la revolucion; todos los hombres que estaban cansados del nombre de asesinos, que les prodigaban desde la tribuna Vergniaud y sus amigos, se habian puesto en movimiento, dirigiéndose á la seccion de Gravilliers: era poco numerosa; los que se encontraban reunidos dormian, estenuados por el cansancio.

—Nosotros venimos, dijeron los conspiradores, en nombre de los jacobinos: los jacobinos quieren una insurreccion para que el municipio tome las riendas del gobierno y que purifique la Convencion.

Pero la seccion de Gravilliers estaba en manos del sacerdote juramentado Jacobo Roms, el que habia sido presentado á Luis XVI para acompañarlo al patíbulo y que el rey no habia aceptado.

En aquella proposicion adivinó el crimen; contestó que el pueblo estaba reunido en un banquete cívico y que á él debian dirigirse.

Se alejaron con direccion á la seccion de las Cuatro Naciones, reunida en la Abadía.

Allí repitieron las mismas palabras, encontraron algunos miembros que se adheriesen á ellos y fueron al banquete cívico, que ocupaba desde la casa de Ayuntamiento hasta el mercado central.

Propusieron á los convidados que fueran á fraternizar con los jacobinos, y como estaban algo acalorados por el vino, aceptaron.

Interin se ponian en marcha, volvia á entrar en la sala Jacobo Merey, dejando tiempo á Danton para tranquilizarse.

Vergniaud estaba á su izquierda y le comunicó el aviso de Danton, aconsejándole que abandonase la sala.

Vergniaud se lo comunicó á otros girondinos; ninguno se movió.

Danton volvió á entrar: aquel semblante descompuesto era como el huracan. Cada cual interpretó á su antojo el trastorno de su fisonomía, su mortal palidez, sus profundos suspiros, que parecian desgarrarle el pecho.

Acababan de leer la carta de Dumuriez: Robespierre estaba en la tribuna, y contra todo lo que se podia esperar, dijo:

—No respondo de él, pero todavía tengo confianza.

Despues, como no podia subir á la tribuna sin acusar, añadió que las circunstancias pedian un poder único, secreto, rápido, una accion vigorosa y gubernamental.

Acusó como siempre á la Gironda, volviendo á repetir que hacia tres meses que Dumuriez pedia le dejasen invadir la Holanda y que se lo impedian los girondinos.

Danton permanecia de pié junto á la puerta, con la vista fija en los girondinos, quienes, á pesar del aviso, permanecian impasibles en sus bancos mirando á la muerte frente á frente.

Al escuchar la nueva acusacion de Robespierre, se estremeció Danton.

—Pido la palabra despues de tí, le gritó á Robespierre.

—¡Al momento, porque he concluido!

Y bajó las escaleras de la tribuna por un lado, interin Danton las subia por el otro.

Siguió con la vista á Robespierre, hasta que le vió ocupar su sitio entre Cambon y San Justo.

—Todo lo que acabas de decir es verdad, dijo; pero no se trata de examinar la causa de los desastres, sino de poner remedio á ellos. Cuando arde el edificio no me ocupo de los pillos que me ro-

ban, sino que apago el incendio. Para salvar la república no hay que perder un momento; queremos ser libres, ¿sí ó nó? Si no queremos, perezcamos; lo hemos jurado; pero no, acabaremos lo que hemos empezado. ¡Marchemos! Tomemos la Holanda, y está perdida Cartago. La Inglaterra no existirá sino con la libertad: el partido liberal no ha muerto en Inglaterra. Tended la mano á todos aquellos que desean la libertad. La patria está salvada y el mundo es libre. Que partan los comisionados, que partan esta tarde, que partan esta noche, que digan á la clase opulenta:

—Es preciso que la aristocracia de Europa sucumba por nuestros esfuerzos, pague nuestra deuda y que vos la pagueis; el pueblo no tiene más que sangre, y la prodiga. Vamos, ricos despreciables, derramad las riquezas.

Vivos aplausos, á los que se mezclaron, á pesar de ellos, algunos de los girondinos, le interrumpieron.

Danton hizo un movimiento de impaciencia para contener los aplausos que le impedian continuar, y como si adivinara el porvenir, continuó con el rostro resplandeciente:

—Mirad, ciudadanos, el hermoso destino que os aguarda; ¿cómo tenéis por palanca una nacion entera, el horizonte por apoyo y no habeis trastornado aun el universo?

De nuevo le interrumpieron los aplausos.

Pero impaciente porque le detenian en su camino, sin dar tiempo á que se extinguieran, dijo:

—Sé que para esto es preciso carácter, el que os falta á todos: pongo á un lado todas las pasiones; para mí son completamente extrañas, excepto la del bien público. En circunstancias más difíciles, cuando el enemigo estaba á las puertas de Paris, he dicho á los gobernantes de entonces:

«Vuestras discusiones son despreciables: yo no veo más que al enemigo; batámosle. En lugar de ocuparos de la salvacion pública, me fatigais con vuestras rencillas particulares: os repudio como traidores á la patria y os colocó á todos en la misma línea. Podeis á vuestro turno atacarme: ¿qué me importa mi reputacion? Que Francia sea libre, aunque mi nombre sea deshonorado.»

Una exclamacion de asombro acogió aquel grito, que revelaba el pensamiento de Danton, que explicaba Setiembre y la sangrienta carga que pesaba sobre él.

Lo natural en Danton era excitar todos los sentimientos hasta el extremo, odio, terror, entusiasmo.

Y sin embargo, vacilaba aun la Convencion; pero un lejista de Montpellier, que más tarde fué relator de *El Código civil*, despues segundo cónsul y por último archicanciller del imperio, el tranquilo y suave Cambaceres, se levantó, y desde su banco dijo sin cólera:

—Es preciso que durante la sesion se decrete la organizacion de un tribunal revolucionario; es preciso que se os confieran todas las atribuciones, ciudadanos representantes, porque debeis ejercerlas todas; que no exista separacion entre el Cuerpo deliberante y el que ejecuta.

En aquel momento se acercó un hombre á Danton y le habló algunas palabras en voz baja, y como el tribuno veia que muchos miembros encontraban demasiado larga la sesion y se levantaban para diferir hasta la noche la votacion del tribunal revolucionario, exclamó desde la tribuna con voz de trueno:

—Requiero á los buenos ciudadanos que no abandonen su puesto.

Cada cual se detuvo, y los que habian dado ya algunos pasos volvieron á sus bancos, y los que se habian levantado se volvieron á sentar.

Danton recorrió con la vista la Asamblea y vió que todos estaban en su puesto.

—Ciudadanos: exclamó, ¿os vais á separar otra vez sin tomar las medidas que exige la salvacion pública? ¿No sabeis cuán importante es tomar las decisiones judiciales que castigan á los contrarrevolucionarios? Para ellos es necesario el tribunal que reclamamos, porque este tribunal debe suplir al Tribunal Supremo de la venganza del pueblo. Impedid esa venganza, ciega muchas veces, y que puede herir al inocente por el culpable, al bueno por el malo. La humanidad os ordena que seais terribles para que el pueblo no sea cruel. Organicémosle hoy, sin tardanza, al momento, no bueno, porque

eso seria imposible, pero lo ménos malo que se pueda, para que la espada de la justicia caiga sobre la cabeza de sus enemigos y no el puñal de los asesinos; terminada esta obra grandiosa, os recuerdo las armas; los comisionados que deben partir al ministerio que debeis organizar. Ha llegado el momento; prodiguemos hombres y dinero. Teded cuidado, ciudadanos; respondeis al pueblo del ejército, de su sangre y de su fortuna.

Pido que sea organizado el tribunal sin suspender la sesion; pido que la Convencion juzgue mis razones y desprecie las calificaciones imperiosas que se atreven á darme; esta tarde, creacion del tribunal revolucionario, organizacion del poder ejecutivo, marcha de los comisionados; que se levante toda la Francia y marche contra el enemigo; que se invada la Holanda y que Bélgica sea libre; que se arruine el comercio inglés y que nuestros ejércitos victoriosos lleven á los pueblos la libertad y la felicidad que desde hace tres mil años esperan en vano para vengar al mundo.

En aquel momento era el corazon de la Francia el que latia en el de Danton.

Sus palabras resonaban como los redobles de tambor: era el paso de carga de la libertad lanzándose á la conquista del mundo.

Bajó de la tribuna en brazos de sus amigos; despues encargó á Cambaceres, al que hablaba por primera vez, y el cual le habia prestado una ayuda tan útil, que velase por la pronta ejecucion de las disposiciones que se habian votado.

Salió de la Convencion: el deber que en aquella jornada se habia impuesto le llamaba á otra parte.

Aquel hombre que le habló en voz baja, le dijo:

—En este momento proponen á los jacobinos el asesinato de los girondinos.

Veamos lo que sucedia.

Hemos dejado á los conspiradores del Obispado despues de haber llevado en pos de ellos algunos miembros de la seccion de las Cuatro Naciones, y proponiendo á los convidados del banquete cívico fueran á fraternizar con los jacobinos.

Una vez aceptada la proposicion siguieron la calle de San Hono-

rato con cantos patrióticos y los gritos de «vencer ó morir.»

De ese modo entraron en los jacobinos, algunos medio ébrios, otros con el sable en la mano.

Un voluntario del Mediodía se adelantó hácia el centro de la sala, y en un dialecto casi ininteligible, dijo:

—Ciudadanos, la patria no puede salvarse sino asesinando á los traidores. Ahora es preciso dejar la casa limpia: matar los ministros pérfidos, los infieles representantes.

Una mujer que estaba en las tribunas, al escuchar estas palabras bajó rápidamente la escalera que conducía á la puerta del club, y al llegar al último escalon chocó con un hombre que entraba precipitadamente.

Se oyeron dos nombres.

—¡Danton! exclamó ella.

—¡Lodoiska! murmuró el tribuno.

Pero ni se detuvo ni la dirigió la palabra: ella huyó más espantada que antes.

Danton comprendió por qué huía.

Era la querida de Louvet; era aquella cuyo retrato figuraba en su novela el *Foblás*; era aquella, en fin, que, compañera de su destierro y de su fuga, y deseando seguirle hasta la tumba, bebió las seis tomas de ópio que debía tomar el enfermo en seis noches.

La dosis era demasiado fuerte, y el estómago de aquella fiel criatura no pudo soportarlo; lo arrojó y se salvó.

Danton comprendió todo: se decretaba la muerte de los girondinos: Lodoiska corria á prevenir á su amante y á sus amigos, y á revelarles la conspiración que Jorge había revelado á Jacobo.

Al verle aumentó el terror de la infeliz mujer: creía á Danton enemigo de la Gironda.

Era al contrario: hacia todo lo posible por reconciliarse y por salvar á los girondinos.

Se precipitó en la sala. Un grito de asombro salió de todos los labios.

¡El franciscano Danton, en la sesión del jacobino Robespierre! El cazador en el antro del tigre.

Pero el atleta de brazo poderoso y de voz de trueno separó á los que se oponían á su entrada, é hizo guardar silencio á los que no querían que hablase.

Si subía á la tribuna era dueño de la Asamblea.

Entonces explicó á todos que, al querer salvar la patria, la perdían: que no era por asesinatos ni crímenes por lo que se restablecía la tranquilidad y la confianza pública. Que no se debían hacer mártires, sino herir á culpables. Les anunció que se había votado un tribunal revolucionario, y que solo á él pertenecía desde entonces la información de los delitos políticos.

Después, el sagaz orador dirigió algunos elogios á su patriotismo y les impulsó á reunirse con el ejército, puesto que él y los patriotas habían jurado velar por la república. Les invitó á ir á los franciscanos para fraternizar, y les dijo que Camilo Desmoulins les esperaba.

Cambiaron por completo.

—Tiene razón, dijeron; ¡viva la nación!

Y salieron para ir á fraternizar con los franciscanos.

De un salto salvó Danton el espacio que mediaba de los jacobinos á la Convención, de la calle de San Honorato á Tullerías.

Nadie había notado su ausencia; ni un solo girondino había abandonado su puesto.

Se votaba la organización del tribunal revolucionario.

Hé aquí lo que decretaban los mismos girondinos, quienes forjaban el hacha que debía cercenar sus cabezas.

«Nueve jueces nombrados por la Convención juzgarán á todos aquellos que la Asamblea haya decretado; nada de fórmulas de instrucción: nada de jurados: solo los medios para probar la convicción.

»Se perseguirá, no solo á los que malversen, sino también á los que deserten ó descuiden sus empleos; á los que por sus escritos extravíen al pueblo, ó á los que por la antigüedad de sus puestos recuerden las prerogativas de los déspotas.

»En la sala del tribunal permanecerá siempre un miembro de él para recibir las denuncias.»

Los girondinos habían votado el tribunal revolucionario, pero no

con aquellas cláusulas, á las cuales se hubiera opuesto Danton, si no hubiese estado ausente, porque Danton y ellos debian ser condenados por el tribunal.

Votaron contra aquella organizacion; pero la mayoría ganó.

—Es una inquisicion, exclamó Vergniaud; pero una inquisicion peor que la de Venecia.

Y se lanzó fuera de la Convencion seguido por sus amigos, los que por primera vez entreveian el profundo abismo hácia el cual les impulsaban.

Hemos visto cómo salió de la sala y cómo se dirigió al tribunal... Louvet, á quien habia llevado por sus amigos imprudentemente, vivia en la calle de San Honorato, á corta distancia del club de los jacobinos.

XXXI.

Lodoiska.

Su atrevimiento en acusar al hombre popular por excelencia, al huésped del carpintero Duplay, al incorruptible Robespierre, como le llamaban, le habia granjeado el odio del pueblo y sabia que en un levantamiento seria la primera víctima.

De modo que, de antemano, vivia como un proscripto. No salia sino para ir á la Convencion, y armado con un puñal y dos pistolas. Por la noche pedia asilo á algun amigo, y no volvia á su casa sino furtivamente para visitar á la joven y hermosa criatura que se habia consagrado á él.

Aquella mujer, cuya vista inquieta espiaba sin cesar, oyó pasar con vociferaciones y cantos patrióticos á la diputacion que se dirigia á los jacobinos; en medio de los gritos escuchó las palabras ¡muerte á los girondinos! y fuera preocupacion, fuera realidad, le pareció que decian: ¡muera Louvet!

Entonces bajó, se mezcló á los grupos, penetró con ellos en la sala, subió á las tribunas para disimular, y allí escuchó la propuesta de asesinar á los traidores, á los ministros perversos y á los representantes infieles.

No dudó ya: lo que pedia aquella voz era la muerte de su amante y de todo el partido, del que era uno de los jefes.

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CHICAGO